



HOMILÍA EN LA SANTA MISA CON MOTIVO DE LA FIESTA DE SAN JUAN DE ÁVILA PATRONO DEL CLERO SECULAR ESPAÑOL

S. I. Concatedral de San Pedro (Soria) – 10 de mayo de 2017

Queridos hermanos y hermanas:

Un año más el calendario litúrgico nos ofrece la oportunidad de vivir una jornada fraterna y alegre, en una palabra, una jornada sacerdotal: la fiesta de San Juan de Ávila. Es una fiesta muy nuestra, como de casa. Hasta hoy me ha tocado vivir siempre esta jornada con mi Diócesis de origen, la de Calahorra y La Calzada-Logroño. Hoy la viviré con vosotros con la misma ilusión, con el mismo buen ánimo y con los mejores deseos de que sea de verdad un revulsivo en nuestro quehacer sacerdotal. Muchas son las actitudes ejemplares que nos dejó nuestro santo patrono, nacido y forjado en tierras castellanas, pero trabajador infatigable en tierras andaluzas. No en vano en su himno lo invocamos como *“el apóstol de Andalucía”*.

Me quiero fijar en una faceta de su comportamiento sacerdotal que hoy nos está pidiendo el Papa Francisco y que nuestro santo desarrolló hasta límites realmente heroicos: la función del pastor. A imitación de Jesús, el Buen Pastor, Juan de Ávila se tomó muy a pecho conocer a sus ovejas, llamarlas por su nombre, defenderlas con sus escritos y con su vida intachable, y llevarlas a los pastos de la más sana doctrina. Hoy la Iglesia necesita de pastores que, día a día, den lo mejor de sí mismos en favor de sus ovejas. Que actúen como dueños, no como asalariados a quienes les trae sin cuidado el estado y la salud espiritual de su rebaño. Dicho de otro modo, que amen de tal manera a sus feligreses, a sus parroquianos, a la gente que le ha sido encomendada, que estén dispuestos en todo momento a dar la vida por ellos. Que no huyan nunca de sus obligaciones, haga sol o caiga nieve, vayan las cosas bien o, por el contrario, los resultados se hagan esperar.

Mis queridos amigos sacerdotes: no somos funcionarios. Los asalariados, los que no se desviven por sus ovejas, esos sí son funcionarios. Se buscan a sí mismos, su comodidad, su ascenso en el escalafón eclesiástico, sus intereses personales. El buen pastor no se esconde en horarios egoístas ni en tareas que no le son propias. En sintonía con todo el presbiterio diocesano está disponible siempre.

El reciente discurso del Papa en El Cairo (29.04.2017) a los sacerdotes, religiosos, religiosas y seminaristas es impresionante. No tiene una palabra de la que se pueda prescindir. Os invito a leerlo en su integridad. En este discurso se enumeran varias tentaciones que la persona consagrada encuentra en su camino y a las que no

debe ceder para ser buen pastor. Por razón de brevedad, haré solo referencia a tres de estas tentaciones:

1. La tentación de **dejarse arrastrar por la desilusión y el pesimismo** que nos lleva a hacer lo de siempre para no arriesgar (“*siempre se ha hecho así*”), a no hacer nada porque eso ya se ha hecho y no dio ningún resultado, a sentirnos bien sólo cuando encontramos palabras de gratitud humana. Como si las alabanzas humanas fueran mejores que el consuelo del trabajo bien hecho por el Reino de Dios.

2. La tentación de **quejarse continuamente** culpando siempre a los demás o a la situación social tan difícil en la que vivimos. Ésta es una tentación muy fácil, que nos tranquiliza la conciencia pero que nos paraliza en la misión evangelizadora. Dice el Papa: “*Quien anda siempre quejándose, en realidad no quiere trabajar*”.

3. La tentación de **compararse con los demás**: Nuestro presbiterio diocesano es muy rico por la diversidad que en él se da. Y, a la vez, por la unidad que, como presbiterio, se vive en torno al Obispo. En vivir gozosamente la unidad en la diversidad está la clave para ser un presbítero feliz. “*Compararnos con los que están mejor nos lleva, con frecuencia, a caer en el resentimiento; compararnos con los que están peor nos lleva, a menudo, a caer en la soberbia y en la pereza*” dice el Papa.

¿Qué hizo San Juan de Ávila para no caer en estas tentaciones y alcanzar este nivel de rendimiento evangelizador? Dos cosas, ambas de total actualidad.

La primera, **cuidar su vida de oración**, en estrecha unión con Dios Padre, como Jesús. San Juan de Ávila nunca regateó los tiempos dedicados a la oración ni buscó excusas en sus muchos quehaceres. El Papa Benedicto XVI, en la homilía de su proclamación como Doctor de la Iglesia, decía: “*Profundo conocedor de las Sagradas Escrituras, estaba dotado de un ardiente espíritu misionero. Supo penetrar con singular profundidad en los misterios de la redención obrada por Cristo para la humanidad. Hombre de Dios, unía la oración constante con la acción apostólica*”. No abandonemos la oración por los múltiples quehaceres de la vida.

La segunda meta que llenó toda su vida fue **el estudio**. Los Santos Padres, los comentarios a la Sagrada Escritura y las reflexiones teológicas de los eruditos de su tiempo hicieron de él “*luz y sal*” de las que habla el Evangelio. Incluso al final de su vida, ya muy enfermo y achacoso, no dejó nunca de sacar adelante los informes, dictámenes y escritos que le solicitaban Obispos, hermanos sacerdotes y fieles laicos que le pedían consejo, criterio y horizontes. Fue un cura realmente conciliar, sobre todo porque penetró con toda su alma, con todo su entendimiento y con toda su buena voluntad en las conclusiones de aquel hito eclesial que fue el Concilio de Trento.

Hoy damos gracias a Dios por el ministerio de estos sacerdotes de nuestro presbiterio diocesano que cumplen sus bodas sacerdotales de diamante y sus bodas sacerdotales de oro. ¡Cuántos años de entrega admirable y abnegada! Si cada uno pudiera contar estos años de intimidad con el Buen Pastor y el bien que habéis hecho a muchas personas de las comunidades por las que habéis pasado... En este día de San Juan de Ávila os felicitamos a vosotros muy especialmente, queridos hermanos sacerdotes, por vuestra fidelidad en el ministerio. Sí, habéis sido y sois la sal de muchas familias, de parroquias, comunidades y movimientos; habéis sido y sois la luz que ha

iluminado tantas situaciones de oscuridad en las personas que el Señor ha puesto en vuestro camino.

Os animo, queridos amigos sacerdotes, a ser pastores que huelen a oveja porque conocen muy bien a sus fieles, conviven con ellos en sus penas y en sus alegrías, oran con intensidad y dedican un tiempo adecuado al estudio. Por lo demás, os deseo de corazón que esta fiesta tan nuestra, tan sacerdotal, nos sirvan de trampolín para ganar en confianza de unos con otros, en trato sencillo y fraterno, en ser apoyo unos de otros y consuelo de los que más lo puedan necesitar. Confío este deseo a nuestro santo patrono.

✠ Abilio Martínez Varea
Obispo de Osma-Soria